35 años de periodismo.

Premio Estímulo a la Calidad en la producción editorial de medios barriales

2011, 2013, 2015, 2017, 2021 y 2024
Medio Gráfico

2017, 2021 y 2023
Soporte Digital

EL PERIÓDICO DE LA BOCA Y BARRACAS
Sur CAPITALINO

Año 35, enero 2026, número 372 // Tirada 5.000 ejemplares

ISNN 1852-7841
Ejemplar de distribución gratuita

Twitter: @SurCapitalino
Facebook: Sur Capitalino

NO TE QUIERO VERDE

En la Ciudad de Buenos Aires, la desigualdad también se mide en árboles. Mientras el norte concentra nativas, sombra y planificación, el sur acumula cemento, especies inadecuadas y abandono. Las Comunas 4 y 8, las mismas que detentan los peores indicadores de vivienda y servicios básicos, son las que tienen menos acceso a espacios verdes públicos. Así se desprende de una investigación que realizaron estudiantes de la UBA.

La transformación que no llega

A quince años de la sanción de la ley de salud mental, los cuatro neuropsiquiátricos de la Ciudad siguen abiertos. Lejos de adecuarse a un sistema que respete la dignidad humana, el encierro, la sobremedicación y las violencias física y psicológica continúan presentes. La situación del Borda.

La calle y la Red

La odisea de vivir a la intemperie se vuelve apenas más tolerable cuando se multiplican los mecanismos de solidaridad. Durante la pandemia, nació la Red de Cooperación de La Boca, que hoy sigue tejiendo lazos y buscando respuesta a necesidades concretas.

Lecturas de verano

Compartimos dos de los cuentos ganadores del concurso "La vuelta al barrio en 80 historias". Textos escritos por chicas y chicos de 7° grado de la Ciudad que relatan vivencias, recuerdos y experiencias en La Boca y Parque Patricios. Cuando la identidad florece y se vuelve palabra.

NOTA DE TAPA

POR NELSON SANTACRUZ

MENOS Y PEORES ÁRBOLES EN LOS BARRIOS MÁS POBRES

La desigualdad ambiental no es un efecto colateral, sino una decisión política sostenida en el tiempo. Comunas como la 4 y la 8, atravesadas por mayores niveles de pobreza estructural, siguen siendo las más postergadas en la gestión verde. Las consecuencias: más calor, contaminación sonora, menos absorción ante inundaciones y menor calidad de vida.

En Barracas hay apenas 0,13 árboles por persona y en Lugano, sólo 0,14. En contraste, barrios del norte como Belgrano o Saavedra llegan a triplicar esa proporción.

Cuatro estudiantes de la Diplomatura en Comunicación Política de la UBA, a cargo de los docentes Víctor Taricco y Abelardo Vitale, pusieron números y territorio a una percepción extendida en la Ciudad de Buenos Aires: los bosques urbanos no se distribuyen de manera equitativa.

La investigación cruza datos oficiales, informes ambientales, relevamientos sociales y llega a una conclusión contundente.

En la Ciudad, los arbolados se concentran en los barrios del norte y Puerto Madero, mientras que el centro y sur, donde vive una parte significativa de la población más empobrecida, queda relegado por las políticas públicas verdes.

Alicia Aquino, Noel Garbiso, Malena Vera y Nelson Santacruz partieron la investigación desde el último Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas, en 2022. Allí se indicó, por ejemplo, que el 70% de las viviendas precarias se concentra en las Comunas 1, 3, 4, 7 y 8 (centro y sur porteño). En total, estas comunas representan más del 34% de la población de CABA y son también las comunas con peores indicadores de acceso a servicios básicos: menor conexión a la red de agua, electricidad, cloacas y gas natural.

El trabajo del grupo refleja que la Comuna 8 aparece de manera reiterada como la más crítica, con más del 30% de hogares que dependen de garrafas y los peores registros de saneamiento; luego le sigue la Comuna 4. Justamente ambas reúnen los conventillos de La Boca, la Villa 21-24, la 1-11-14, Zavaleta, Fátima, Carrillo, Piletones, Calacita, La Veredita, Ciudad Oculta, Villa 20, entre otros. Y esta desigualdad social, estructural, se superpone con la ambiental.

El último Informe de Cobertura Vegetal, de 2019, muestra que las comunas del sur son las que tienen menos árboles por habitante y menos acceso a espacios verdes públicos. Cabe señalar que este relevamiento lleva siete años sin actualizarse. El mismo indica que en Barracas, Comuna 4, hay apenas 0,13 árboles por persona y en Constitución, Comuna 1, el número cae a 0,09. En Lugano, Comuna 8, la relación es de 0,14 árboles por habitante. En contraste, barrios del norte como Belgrano o Saavedra llegan a triplicar esa proporción.

La calidad del arbolado urbano también se distribuye de manera desigual y reproduce la misma lógica de exclusión. En CABA, el 40% de los árboles de alineación son fresnos americanos (Fraxinus pennsylvanica) y cerca del 9% son plátanos (Platanus x acerifolia), dos especies exóticas, alergénicas y contrarias al espíritu de la Ley de Arbolado Público Urbano, que establece la prioridad de especies nativas.

Esta composición -que la mitad de los árboles no sean autóctonos- impacta de lleno en el índice de biodiversidad, genera desequilibrios ecosistémicos, agrava problemas de salud respiratoria y profundiza lo que las propias leyes oficiales describen como "una pérdida de la identidad rioplatense". Eso investigaron en la diplomatura y, aunque alrededor del 50% del arbolado restante corresponde a especies nativas, su concentración se da mayoritariamente en las zonas más ricas del norte porteño, donde hay más parques, mayor mantenimiento y planificación verde sostenida. En el sur, en cambio, predominan los árboles de peor calidad ambiental, plantados por su bajo costo y resistencia al cemento.

Por ello, los estudiantes explicaron en su trabajo que "no se trata solo de cantidad, sino también de calidad". El Plan Maestro de Arbolado Urbano del GCBA, entre sus tomos de 2013 y 2023, muestran que el 61% de los árboles de la Comuna 3 son fresnos americanos; el 54% de los árboles de la Comuna 4 también son fresnos y, en el caso de la Comuna 8, representa un 33%. Son números muy elevados de "árboles precarios" e ilegales, al no respetar la prioridad que se le tiene que dar a especies autóctonas.

El propio Plan Maestro advierte que esta homogeneidad daña la biodiversidad y genera un desequilibrio ecosistémico. El

Infografía elaborada por los estudiantes que realizaron la investigación.

impacto no solamente puede leerse en capacidad de sombra para amortiguar el desequilibrio climático notorio en los últimos años, sino que se extiende en diversos daños para los habitantes del sur: focos de calor, contaminación sonora y de aire, menor capacidad de absorción ante inundaciones, alteración profunda en la fauna y flora local y menor calidad de vida para las y los ciudadanos.

Informes como los de TECHO en 2025 alertaron que las muertes por olas de calor en Argentina crecieron un 85% en las últimas dos décadas y que, en la Ciudad de Buenos Aires, el riesgo de muerte por causas naturales aumenta un 14% durante estos eventos extremos, con mayor impacto en niños y adultos mayores. En barrios populares, además, tres de cada cuatro basurales se ubican a menos de 500 metros de las viviendas, según un relevamiento de La Poderosa y ACIJ, lo que agrava la exposición ambiental. Y el mismo informe subrayó que, a nivel nacional, el 61% de los vecinos de las villas expresaron no tener un árbol cerca de su casa. En síntesis, las villas tienen más microbasurales cerca que arbolados.

Hay ejemplos recientes en las comunas del sur donde la falta de voluntad política expone a los vecinos ante el mercado. Por ejemplo, a mediados del año pasado, en Lugano, una megaobra impulsada por la gestión de Jorge Macri avanzó, pese a los reclamos vecinales, con más asfalto. El Gobierno destinó cerca de 5 mil millones de pesos a nuevas autopistas, mediante una licitación a Autopistas Urbanas Sociedad Anónima -que también tiene enormes negocios en los peajes-, reforzando una vez más un modelo urbano que prioriza el cemento por sobre el arbolado y consolida una desigualdad ambiental estructural.

El diagnóstico realizado en esta diplomatura de la UBA acentuó que en 2013 la gestión de Mauricio Macri fijó la meta de 450 mil árboles para la Ciudad de Buenos Aires. Luego de 10 años, los datos de la gestión de Horacio Rodríguez Larreta reconocieron la existencia de 414 mil árboles. No cumpliendo con sus propios objetivos. Mientras tanto, Jorge Macri celebró plantar 18 mil árboles en 2024, cuando en ciudades como Nueva York ya se plantan 100 mil al año. Para agrupaciones ambientales especialistas, CABA ya debería contar con al menos 700 mil árboles distribuidos y cuidados para que no queden abandonados.

En este contexto, el colectivo Basta de Mutilar Nuestros Árboles y otras organizaciones ambientales impulsaron un proyecto para crear el Instituto del Bosque Urbano y lo presentaron en la Legislatura porteña en 2024. La iniciativa busca planificar el arbolado con criterios ambientales y sociales, articulando con las comunas más afectadas. Pero está cajoneado, no avanza por ningún lado.

El mapa del arbolado porteño confirma que la desigualdad ambiental no es un efecto colateral, sino una decisión política sostenida en el tiempo. Comunas como la 4 y la 8, atravesadas por mayores niveles de pobreza estructural, peores servicios básicos y mayor exposición a riesgos climáticos, siguen siendo las más postergadas en la gestión verde de la Ciudad. Mientras el norte concentra árboles nativos, sombra y planificación, el sur acumula cemento, especies inadecuadas y abandono estatal.

Repensar el arbolado como política pública redistributiva no es solo una consigna ambientalista: es una condición mínima para garantizar salud, equidad urbana y derecho a un hábitat digno.

ESTACIÓN BUENOS AIRES TENDRÁ SU ESCUELA

En la esquina de Suárez y Monasterio, entre los 56 edificios del complejo habitacional que alberga a más de 2.500 familias, se inaugurará la primera escuela pública del barrio Estación Buenos Aires. La apertura del edificio escolar de 3.000 metros cuadrados con 17 aulas, SUM, comedor, laboratorios y terrazas verdes había sido planificada para el ciclo lectivo de 2025 pero la obra se demoró por "la crisis económica", según explicaron desde el Ministerio de Educación porteño. En 2020 su construcción ya había quedado detenido por disputas entre Ciudad y Nación, lo que generó diversos reclamos de familias que luego de mudarse al barrio debieron buscar escuela lejos -en Pompeya, Barracas, Constitución o Parque Patricios- con los inconvenientes que eso genera. Por eso el impacto será inmediato: hasta ahora solo había dos jardines de infantes, con 200 chicos en total.

Pero finalmente la escuela abrirá este febrero con jornada completa en primaria, de primero a séptimo, y en secundaria de primero a tercero, integrando después el resto de los cursos.

Según informaron desde el Ministerio de Educación, la primaria será bilingüe con acompañamiento tecnológico permanente y funcionará con aulas integrales. El diseño las contempla con múltiples frentes de trabajo, diferentes al aula frontal en la que todos los estudiantes miran al pizarrón ubicado al frente. Además, todas las aulas serán unificables mediante paneles plegables corredizos acustizados, que además son "escribibles", y estarán equipadas con pantalla digital táctil, pizarrón, computadoras del Plan Sarmiento y tablets.

En secundaria, el bachillerato tendrá orientación en informática, intensificación en inglés y una estructura basada en laboratorios y talleres, y espacios dedicados a inteligencia artificial, programación y robótica. El mobiliario combinará el formato tradicional con diseños triangulares para favorecer dinámicas grupales, y los pasillos incorporarán espacios innovadores para el trabajo colaborativo y áreas de descanso. También habrá bibliotecas maker que combinan libros en papel con dispositivos digitales, tablets e impresoras 3D.

La escuela, con capacidad para 400 alumnos y alumnas, también se integrará con el barrio a través del deporte. A metros de la cancha de Huracán, contará con dos aulas destinadas a deportistas de alto rendimiento, para que puedan estudiar en contraturno a sus entrenamientos. El programa DAR ya funciona en 18 estadios de la Ciudad y busca asegurar que quienes entrenan puedan terminar el colegio.

MANICOMIOS

LA TRANSFORMACIÓN QUE NO LLEGA

Se cumplieron quince años de la sanción de la ley de salud mental que fijó para 2020 el cierre de los neuropsiquiátricos. Sin embargo, en la Ciudad todavía funcionan los históricos cuatro hospitales públicos y ninguno cuenta con un plan de adecuación hacia un sistema que respete derechos y dignidad humana. La mitad de las personas internadas está en el Borda de Barracas.

POR MATEO LAZCANO

En el 2025, se cumplieron quince años de la sanción de la Ley nacional de Salud Mental, que fijó tajantes indicaciones sobre los hospitales neuropsiquiátricos y el avance a una desmanicomialización que lleve a su reconversión o cierre. Pero entre la fría y lejana letra de la normativa, la falta de interés de les funcionaries por hacer cumplir estos cambios y la ausencia de inversión, los centros de salud como el Borda, en Barracas, ven pasar el tiempo y avanzan en el sentido contrario. Sobremedicación, pacientes con nula posibilidad de cumplir cualquier proyecto de vida y presencia intimidante de personal de seguridad conforman el panorama diario que transcurre en los prolongados patios y pasillos del hospital.

A propósito de un nuevo aniversario de la sanción de la Ley Nº 26.657 de Salud Mental, la Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia (ACIJ) y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) presentaron un informe para abordar el estado de situación de los manicomios porteños y la "transformación que no llega", como lo definieron. De ellos el Borda, con más de 500 de las 1290 camas que tienen los cuatro centros monovalentes de la Ciudad, es el que más experimenta la desidia y la distancia con lo que debería ser.

"En principio, no tendría que haber un hospital de las características del Borda", dice Sofía Soberón, trabajadora social e integrante del área de Salud Mental del CELS. La profesional explica que, contradiciendo la normativa e incluso la Ley 448 de la Ciudad, "se sigue sosteniendo y en el último tiempo fortaleciendo, una respuesta de encierro manicomial". Esta respuesta, explica Sofía, "tiene que ver con internaciones crónicas como la única respuesta para abordar problemáticas de salud mental, en lugar de pensar otro tipo de dispositivos que apunten más a la atención desde el ámbito comunitario o desde lo ambulatorio".

De esta manera, según su descripción, la cotidianeidad del hospital neuropsiquiátrico se ve invadida por situaciones de "sobremedicación, hechos de violencia, y donde no hay una delimitación clara de consignas policiales en los hospitales, llevando a que se desdibujen las funciones y derivando en una rutina policial dentro de un centro de salud".

Ante estos casos, como integrante de una situación que permanentemente hace un seguimiento de los excesos policiales, enfatiza que "siempre deberían poder primar las decisiones del equipo tratante o profesionales de salud, sin interferencia de las fuerzas".

Control y disciplinamiento

Celeste Fernández es abogada e integrante de ACIJ. A lo descripto, aporta las consecuencias que genera el encierro de las personas que son atendidas en el Borda. "Los pacientes no son libres de salir de ese lugar. Si quieren salir, deben pedir autorización médica. Entonces son instituciones basadas en el encierro, el control y el disciplinamiento de las subjetividades. Cuando uno se acerca a estos lugares, es muy claro ver que las personas están ´muertas en vida´ porque no pueden materializar sus proyectos de vida. Eso solo ya constituye una tortura, e incluso hay casos en los cuales hay prácticas todavía más explícitas de tratos crueles, inhumanos y degradantes, por la sobremedicación, la violencia física y psicológica por parte del personal de seguridad o los propios profesionales de salud".

Dentro de este clima, uno de los pocos espacios de oxigenación con el que cuentan los pacientes, en la dirección desmanicomializadora, es la radio "La Colifata" o el Frente de Artistas (FAB), experiencias predecesoras a la ley y que funcionan a pulmón. Pero lamentablemente, son insuficientes para transformar la lógica monovalente que rige a hospitales como el Borda.

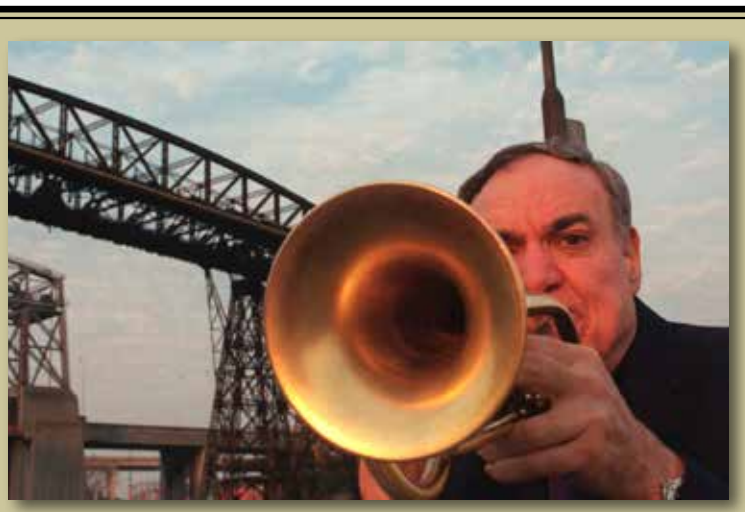
Por eso, se impone una pregunta: qué debería hacerse con los pacientes neuropsiquiátricos y qué debería pasar con hospitales de este tipo. Fernández lo sintetiza en tres ejes: "Uno es la atención de la salud mental en el primer nivel, que prácticamente no la hay en los centros de salud, lo que genera que se llegue a niveles críticos que se podrían haber atajado mucho antes. Lo segundo son las salas en hospitales generales: si estos no reciben a personas con diagnóstico en el campo de la salud mental, estamos mal. No te deberían poder rechazar en ningún hospital. Y lo tercero, son los dispositivos comunitarios que hacen que las personas puedan vivir en la comunidad. Algunos son residenciales y otras no, como talleres de arte o inserción laboral".

Sofía Soberón, de CELS, añade a los CESACs como instituciones que podrían trabajar con estos pacientes según la ley nacional y la local. Pero explica que lo que falta para dar el primer paso en la atención en estos espacios o los hospitales generales para casos de salud mental es grande. "También supone que las internaciones deberían ser por períodos cortos y que, pasada la crisis, el paciente pudiera seguir su tratamiento de manera ambulatoria. Pero en eso también hay que determinar qué tipo de tratamiento, y preferentemente de manera interdisciplinaria. Todo eso no se está cumpliendo", cuestiona.

Como un cumpleaños de quince, pero en tono triste y con sabor a resignación, pacientes, familiares, asociaciones y profesionales de distintas ramas de la salud, ven pasar estos tres lustros de la sanción de una ley, que tiene la solución al alcance de la mano. Pero que la falta de decisión política, voluntad presupuestaria y visibilidad de lo que pasa en el día a día para el resto, hace lejano un cambio al menos en el corto plazo.

MIRANDO AL SUR

MURIÓ EL FATS, ENTRAÑABLE VECINO DE LA BOCA



El 7 de enero murió a los 88 años el trompetista Roberto “Fats” Fernández, vecino de La Boca, barrio en el que nació y comenzó a tocar ese instrumento a los 6 años. “Empecé en la bandita de exploradores del Colegio Don Bosco, en la esquina de mi casa. A los catorce empecé a ganar mis primeras monedas gracias al instrumento”, relató en una entrevista a Página/12. A partir de entonces, “El Troilo de la trompeta”, como lo describió Astor Piazzola, recorrió un camino que lo convirtió en una de las máximas figuras del jazz en la Argentina y en el mundo.

Ese recorrido incluye varios puntos sobresalientes. Formó parte del quinteto del Gato Barbieri, fue “el trompetista latino” de la Georgians Jazz Band y acompañó a Ray Charles junto a leyendas de la talla de Dizzy Gillespie, Chick Corea, Paquito de Rivera, Arturo Sandoval, Brandford y Winton Marsalis.

Vivía en el edificio de Lamadrid y Almirante Brown, desde donde los vecinos lo escuchaban tocar su trompeta hasta hace no muchos años.

EL DESEMPLEO GOLPEA MÁS FUERTE AL SUR

La desocupación en la Ciudad de Buenos Aires afectó a 107 mil personas durante el tercer trimestre de 2025, lo que representa el 6,3% de la población económicamente activa. La zona sur concentra la mayor tasa de desempleo, con un 7,4%, por encima del promedio general. También las mujeres sufren una mayor tasa de desocupación que los varones, un 7,4% frente al 5,2%. En términos absolutos, las mujeres representan el 57,8% del total de personas sin empleo en la Ciudad.

Según el último informe del Instituto de Estadísticas y Censos porteño (IDECBA), el nivel de desempleo se mantuvo sin cambios en comparación con el mismo período del año pasado y mostró una mejora frente al trimestre anterior.

Por grupos etarios, las tasas de actividad más bajas se registran entre los jóvenes de hasta 24 años (27,4%) y los mayores de 65 (24,4%). El mayor nivel se observa en la franja de 25 a 49 años, donde la participación laboral alcanza el 93,1%. El informe también alertó sobre la persistencia de la precarización laboral. Si bien el 72,6% de los ocupados trabaja en relación de dependencia, el 27,3% no recibe descuentos jubilatorios. Entre los desocupados, el 92,8% había trabajado previamente en el sector privado y el 58,1% de los asalariados no contaba con registro en la seguridad social.

LA VUELTA AL BARRIO EN 80 HISTORIAS

Nacemos y crecemos en sus calles, sus plazas, junto con amigos, maestras, familias. La identidad barrial pasa de generación en generación. Un concurso de escritura del Ministerio de Educación para chicas y chicos de 7° grado de la Ciudad busca poner en palabras esas vivencias. Compartimos dos de los cuentos ganadores, hermosos relatos sobre Parque Patricios y La Boca.

CASITAS Y BARQUITOS

Benito estaba jugando con unas cajas de cartón. Le gustaba imaginar que eran un pequeño barco, como los que había visto en aquellos polvorientos libros que se encontraban en unas altas estanterías en la Casa de Niños Expósitos, en el barrio de La Boca, donde vivía.

Era un lugar que no tenía una apariencia muy atractiva, había partes del techo que se habían derrumbado por algunas tormentas o paredes que no tenían una sola gota de pintura, como al niño le gustaría. Sin embargo, tenía sus toques de encanto, como las gradas en la entrada del refugio o la fuente en el centro de un patio interior lleno de enredaderas y pequeñas flores doradas, que solo dejaban rastro en épocas de primavera.

Benito tenía cuatro años y el pelo marrón despeinado escondido bajo su boina de tela, haciendo juego con su camisa. Lo habían abandonado cuando era un recién nacido, en 1890.

Si bien Benito no tenía muchos amigos, un día como cualquiera llegó una pequeña niña al hogar con una cabellera castaña larga recogida en un rodete, con unas ligas azules y unas pequeñas pecas sobre su nariz respingada. Se llamaba Camila Isabella y, al igual que a Benito, le gustaba jugar con cajas de cartón, pero ella prefería fingir que se trataba de pequeñas casas de colores. Se hicieron mejores amigos, jugaban a las escondidas, a la mancha y, por supuesto, con las cajas de cartón que se encontraban siempre en una alfombra en el medio de la sala. Ambos se entusiasmaban con ese pasatiempo todas las mañanas, para luego sentarse en una pequeña mesa de madera áspera e ilustrar su reciente actuación.

Cuando ambos ya habían cumplido los cinco años, la receptora del orfanato los enviaba todos los viernes a comprar chapas para el humilde lugar. Cualquier tipo de lluvia o ciclón estaría amenazando con la estabilidad del mismo y eran necesarias unas cuantas para que el agua que entraba por las goteras no fuese tan excesiva. Siempre pasaban por La Curva hasta una vieja ferretería al final de la calle y, con el dinero que les habían dado, adquirían tres o cuatro pedazos de metal.

Sin embargo, con el cambio que les quedaba, siempre compraban unas chapas de menor tamaño para pintarlas más tarde con todas las ideas que les generaban sus juegos juntos. Se solían sentar en un banco de madera al extremo de La Curva mirando hacia el puerto, mientras coloreaban con unas témperas que llevaban en el bolsillo. Dibujaban nubes, personas, niños, pero lo que más ilustraban eran los barcos que veían desde allí y las casas que se encontraban a sus espaldas. Si bien cada uno pintaba lo suyo, ambos siempre usaban colores muy saturados, generalmente amarillos, rojos o azules.

Un día, mientras estaban pagando, a Benito se le resbalaron de la mano las pequeñas monedas de bronce del cambio, así que no pudieron adquirir la misma cantidad de chapas que lo habitual. Se despidieron del hombre de la tienda y se dirigieron al mismo banco donde se instalaban todos los viernes.

—¿Y ahora qué? —exclamó Benito cabizbajo con una mirada decaída.

De pronto, una servilleta arrugada voló desde un puesto de comida, atascándose en el pelo castaño y rizado de Camila. Ella la tomó y se la enseñó a Benito mientras la abría cuidadosamente por miedo a romper el delicado trozo de papel.

—Podemos pintar en esta servilleta, pero... si dibujamos barcos serían muy pequeños como para colorearlos —exclamó Camila para animar la situación.

El niño se volteó y contempló todas las casas de La Curva. Eran grises, aburridas. Se podía observar el polvo que volaba cerca de las ventanas y que luego caía al piso, tornándose de un color grisáceo y decaído.

—Nunca había notado que este lugar estaba tan lúgubre... ¿Y si lo dibujamos más alegre?

Pasaron minutos que se transformaron en horas, hasta que terminaron. Habían creado una calle llena de sus colores favoritos, con ventanas para que cualquiera se asomase a recibir los rayos del sol, con puertas al público para que se pudiera bailar, con estantes para poner todas sus obras de arte y con techos de chapas de colores que eran tan saturados como las paredes del mismo. Era un camino con casas y barquitos.

—¿Y cómo le ponemos a nuestra obra? —dijo Benito mientras observaba el lugar que acababan de crear.

—Camila y Benito, o podemos fusionar nuestros nombres... —exclamó la niña mientras escribía en el papel y pensaba en voz alta.

—Caminito..., no puede ser mejor —respondió el niño con una sonrisa enorme y un brillo en los ojos.

Un día como cualquier otro, la señorita de la casa llamó al niño. Era más temprano de lo habitual, lo cual le resultó extraño. Cuando llegó a la entrada, se encontró a un hombre alto, con el pelo negro y con unos redondos ojos marrones.

—Benito, el señor Manuel Quinquela está interesado en tu adopción —exclamó la encargada con un gesto de alegría.

El niño estaba confundido, el día anterior vivía con su mejor amiga imaginando historias de barcos y casas de colores, y ahora estaba a punto de marchar a un lugar extraño con un hombre que ni siquiera conocía. Tenía que despedirse de toda la vida que tenía y él no estaba enterado.

—Ve a juntar tus cosas, ya tenemos que irnos —dijo el particular caballero mientras lo miraba con ternura.

Benito entró a la habitación, esperando que Camila no lo viera y que simplemente se olvidara de él cuando ya no estuviera, pero no fue así. Al ingresar vio a su amiga junto a las cajas de cartón y sentada en la alfombra esperándolo para empezar su juego rutinario, pero el niño simplemente esquivó su mirada y siguió caminando con un nudo en la garganta. Comenzó a agarrar sus cosas y giró a ver a su amiga, que seguía esperándolo, cabizbaja. Benito terminó su valija y se puso de pie, pero algo lo detuvo, se tocó la mejilla y estaba húmeda. Sin embargo, entró la señorita y lo tomó del brazo, llevándolo hasta la puerta. Sin poder despedirse, se fue.

Pasaron los años. Benito ya era un adulto y había vivido con sus padres adoptivos desde que había salido del orfanato. Nunca volvió a ver a Camila y sus padres habían perdido todo contacto con el refugio como para poder llegar a conseguir algún modo de comunicación con la niña. Sin embargo, Benito era un artista y todas sus obras eran barcos, barquitos de colores saturados saliendo del mismo puerto que en su infancia lo había visto crecer.

Una vez Benito estaba en el puerto, acomodando su lienzo para comenzar a pintar, sin embargo, un pequeño papel arrugado junto a sus materiales de trabajo llamó su atención. Lo tomó cuidadosamente y sintió una suave textura rasposa entre sus dedos, se trataba de una servilleta. Sí, la misma, la servilleta de Caminito.

Benito levantó la mirada, se volteó y vio a La Curva, con la misma apariencia que tenía cuando era niño.

El 18 de octubre de 1959 Benito fundó el famoso “Caminito” (anteriormente conocido como “La Curva”) y, orgulloso de su logro, pintaba ahí diariamente con la vista hacia el puerto.

Un viernes por la tarde, Benito caminaba con un lienzo como cada vez que visitaba “Caminito”. Sin embargo, esta vez al acercarse al banco verde donde siempre se quedaba, encontró a una chica sentada allí, con pelo castaño y pecas sobre una respingada nariz.

Se sentó junto a ella y vio que también tenía un bastidor, estaba pintando casas, casitas de colores. Ella volteó a ver el lienzo de Benito y le sonrió.

Se paró y caminó un poco hasta llegar a la esquina de la estructura.

Alzó la cabeza y leyó la cartelera: “Caminito”. Se quedó pensando un poco y se llevó la mano a la boca, incrédula. Se podía apreciar a la distancia una lágrima que resbaló desde sus rizadas pestañas hasta las pecas de su mejilla. Levantó la mirada, vio a Benito y corrió hacia él para darle un abrazo.

Epílogo: El 28 de enero de 1977 falleció Benito Quinquela Martín, el artista argentino que dejó su talento plasmado en uno de los barrios más reconocidos de Buenos Aires, demostrando su creatividad y originalidad en el mundo del arte.

Autora: Rocío Casares, Colegio Nuestra Señora de la Misericordia

LA MUSICA QUE LLEVAMOS DENTRO

Era una tarde calurosa de diciembre, en Parque Patricios, a pocas cuadras del Instituto Bernasconi. El aroma a madera en el taller del ebanista era intenso. Él ajustaba los tensores de las teclas del piano que venía fabricando desde hacía meses.

Esa misma tarde, en esa misma manzana, en una sala del hospital Maternidad Sardá, Julia sostenía en sus brazos a su hija menor recién nacida.

—Se llamará Teresa.

Cinco años más tarde, en la calle Rondeau, la puerta de la tienda del ebanista se abrió con un chirrido y al levantar la cabeza vio a un hombre alto que habló con un grueso acento italiano.

—Vengo a comprarle un piano a mi hija Teresa.

Con veintinueve años, Teresa tenía un aspecto frágil, pero maduro. Sus dedos delicados nadaban a través de las teclas con gracia melancólica.

Ella era una mujer muy triste. Pequeñas lágrimas silenciosas brotaban de sus preciosos ojos verdes y caían sobre el papel de su tesis, una pieza musical recién empezada.

Pasaron los años y Teresa se casó y tuvo hijos, a quienes crió en el hogar de su infancia, sobre avenida Caseros. Su piano nunca había dejado de acompañarla, haciendo sonar la música que representaba los deseos más profundos de su corazón. Próxima a alcanzar su meta y finalizar su tesis para presentar en el conservatorio, estaba por registrar en su pentagrama la última nota musical. Pero en ese momento, el piano se sumió en un sombrío silencio de abandono.

Mientras juntaba polvo, el antiguo instrumento lloraba y llamaba con anhelo a su dueña, pero ella ya nunca más podría volver.

No fue hasta varios años después, que el piano volvió a encontrar su música.

Una tarde, al regresar de un paseo por el parque La Vuelta de Obligado, unos dedos pequeños, manchados con dulce de leche, rompieron el silencio. Tenía los mismos ojos verdes, el mismo pelo enrulado... su bisnieta, Teresita.

Como su bisabuela, ella creció con el piano a su lado, sanando todos los pesares que llevaba adentro con alegría. Sus dedos bailaban sobre las teclas, secando las lágrimas de tristeza y reemplazándolas con risas rebosantes de gozo. Sin embargo, quedaba aún algo sin terminar... la tesis, la pieza musical de Teresa.

Cuando la encontró, Teresita tenía veinticuatro años. Al intentar tocarla, una lágrima penosa se escapó de su mirada por primera vez.

Empezó a conocer a su antepasada, nota por nota, a través de su música. Pero cuando llegó a los últimos compases se dio cuenta de que algo faltaba. La pieza final del rompecabezas.

Ella lo intentó todo, pero ninguna de sus melodías animadas encajaba con la pieza pesarosa.

La pianista envejeció y con la muerte de su querida hermana, su alegría se desvaneció.

Finalmente, comprendió los padecimientos de Teresa. Colocándose en su lugar, tocó la pieza entera incluyendo la nota que le faltaba, otorgando paz al recuerdo de su bisabuela, al de su hermana y, especialmente, a sí misma. Aquella noche, contemplando el cielo estrellado que iluminaba la avenida Caseros, su alma dejó su cuerpo anciano y fue despedida por una última melodía.

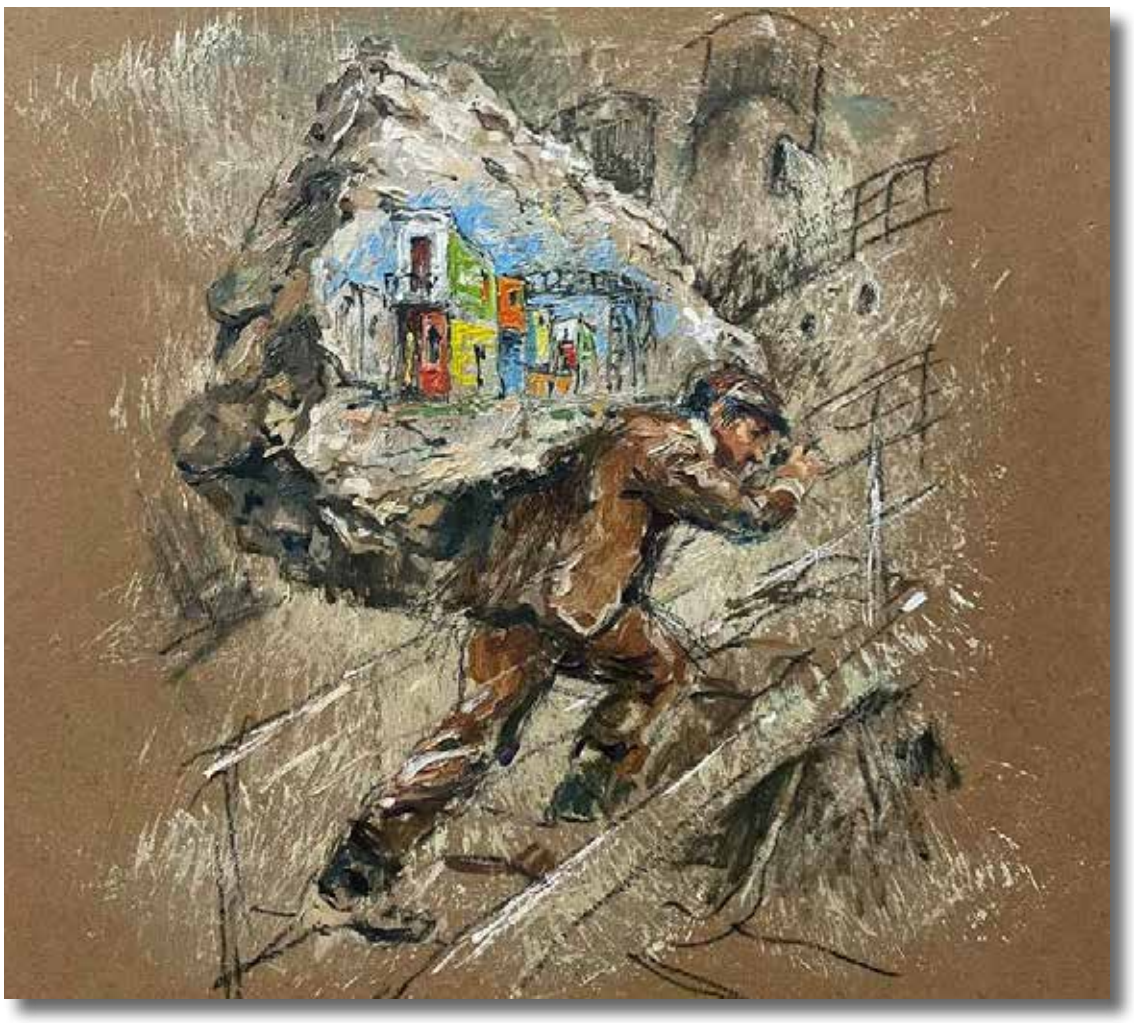
Autora: Teresita Andreone, Colegio Los Robles

AGUAFUERTES BOQUENSES

LA CALLE Y LA RED

La odisea de vivir a la intemperie se vuelve apenas un poco más tolerable cuando el barrio es hospitalario y se multiplican los mecanismos de contención y solidaridad. La experiencia de la Red de Cooperación de La Boca, que nació en pandemia y hoy sigue tejiendo lazos y reclamando respuestas a necesidades concretas.

POR PABLO SOLANA



La calle no es un lugar para vivir, pero hay quienes no tienen otra posibilidad. Andan sin un techo donde cobijarse, ni un baño a mano, ni una cama segura donde dormir o una cocina donde cocinar. Las historias personales son diversas: a veces es determinante algún padecimiento psíquico o algún tipo de adicción; en otros casos, las recursivas crisis económicas terminaron de expulsar a quienes primero perdieron el trabajo y después el techo, y así todo lo demás. También juega la (mala) suerte que es grela y te larga parao´, sin rumbo, desesperao´. Cada uno con su historia a cuestas, viven en la calle. A juzgar por lo que cuentan, en el barrio no les va del todo mal. Acá abundan las ollas populares; la mayoría de los vecinos sabe comprender y ayudar. Además, tienen su propia comunidad: otros en su misma situación comparten las plazas, las historias, el trago, el pan.

Pero la intemperie no es gratis. A las dificultades obvias del día a día se suma el estigma del croto: la solidaridad convive con algunas pizcas de desprecio, algo de indiferencia, otra cuota de maldad. Es así en la vecindad y es así, sobre todo, en las instituciones, en el funcionamiento de un Estado que, en el mejor de los casos, prefiere no ver, no tener que ocuparse de esos nadies, esos dueños de nada que a veces no se expresan bien y otras veces huelen mal.

Le pasó a uno de ellos en diciembre, cuando llevaba varios días de padecer dolencias en todo el cuerpo que le impedían caminar. No mencionaremos su nombre para preservar su intimidad, pero su historia merece ser contada: hay algo de justicia en volver visible lo que suele resultar más cómodo ignorar.

Antes de fin de año el muchacho doliente pidió a su amigo más cercano, compañero de plaza, que lo acompañe al Argerich, y allí fueron. Pero no lo quisieron atender. Esperó hasta la noche y nada. Finalmente recibió atención, pero de un guardia de seguridad que lo sacó del hospital.

Días después su salud empeoró. Un vecino que lo vio en esa situación le propuso llamar a una ambulancia. Pero, al igual que en el Argerich, en el SAME tampoco quieren tener nada que ver con las personas que viven en la calle. El protocolo no escrito que manejan recepcionistas, médicos y enfermeros establece que las ambulancias no deben acudir a llamados que pidan por personas sin un domicilio de referencia, porque después nadie responde por ellos, no tienen dónde ir tras ser atendidos, en ocasiones no hacen caso o no se dejan tratar. En este caso el muchacho sí quería que lo viera un médico, pero pasaba el tiempo y no lo podía lograr.

Entonces, el mismo vecino se puso en contacto con la Red de Cooperación barrial. Contó el caso, lo escucharon, lo pudieron asesorar. Le explicaron que para conseguir que una ambulancia atienda el pedido de alguien que no tiene casa donde vivir, el llamado debe salir de un móvil policial. Solo así el SAME responderá. Buscaron entonces a un agente que cumpliera el trámite, lo que tampoco fue sencillo. Dos policías se negaron a llamar, aun cuando les hicieron saber que era la única forma. Un tercero, finalmente, accedió.

Con la ambulancia presente, la desatención no terminó. El médico a cargo se negó a llevar al muchacho dolorido a una guardia, porque "no se lo ve tan mal". Después de mucha insistencia se limitó a indicarle unas vitaminas, aunque la receta no llevaba firma ni sello. Alertado por el vecino que había logrado la presencia de la ambulancia, finalmente el médico accedió a hacer la orden como corresponde.

En la Red de Cooperación siguieron el caso y el muchacho pudo ser atendido en el Cesac 9, frente a la plaza Matheu. Le indicaron estudios que solo podría hacerse en el Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias de Barracas, allá en Iriarte al 3500: bastante lejos para él, que a duras penas puede caminar. Mientras en la Red buscaban el modo de conseguir las vitaminas que marcaba la receta, alguien más se ofreció a llevarlo y traerlo, para que no perdiera el turno que tanto le había costado conseguir.

El vecino solidario que aún seguía junto al muchacho desatendido le leyó los mensajes que circulaban por la Red sobre su situación, todos de preocupación y solidaridad. Allí están evaluando, incluso, la posibilidad de gestionar el subsidio habitacional que le permitiría, a él y a su amigo, conseguir un lugar mejor que la calle donde recalar.

"Si no te hacés atender, no durás seis meses", bromeó su amigo, que alterna con él algunas discusiones de ocasión con el acompañamiento leal, más ahora que su compañero está mal.

Hasta hace poco este muchacho no sabía si tendría las energías para sortear todos los obstáculos con que se encontraba cada vez que se quería tratar. Ahora que registra la solidaridad que lo rodea, el apoyo incondicional su compañero de plaza, la preocupación constante del vecino solidario y los recursos escasos pero valiosos que pone a disposición la Red de Cooperación barrial, está de mejor ánimo.

Nadie debería vivir en la calle; en esta ciudad, y con estos gobiernos, se vuelve cada día más complicado resolver la vida sin un techo. Pero en el barrio de La Boca no se deja a nadie tirado, menos en tiempos difíciles: aun los que están en la lona reciben su abrazo de solidaridad.

En La Boca abundan las ollas populares; la mayoría sabe comprender y ayudar. No se deja a nadie tirado, menos en tiempos difíciles.

Redacción

Director Propietario: Horacio Edgardo Spalletti **Editora Periodística:** Martina Noailles. **Escriben:** Mateo Lazcano, Pablo Solana, Nelson Santacruz y Martina Noailles. **Redacción OnLine:** Jimena Rodríguez. **Fotografía:** Horacio Spalletti **Edición OnLine:** Tomás Lucadamo **Arte:** Pablo Retamar **Redacción:** Lamadrid 820 - CABA-4301-4504 / 15-6562-6566 - redaccion@ surcapitalino.com.ar - www.surcapitalino.com.ar - **Registro DNDA 83901175** - Miembro fundador de la Cooperativa de Editores EBC - Impreso en Editora del Plata S.R.L., España 221, Gualeguaychú, Prov Entre Ríos.

Sur Capitalino